

LA POESÍA DE CIRCE (*)

Jorge Arbeleche

Ante todo, quiero destacar algo que puede sonar paradójico.

Pienso que sin proponérselo, Circe Maia tanto en su poesía como en su oficio de poeta, acomete una brava transgresión.

Para el imaginario colectivo, que tiene la trasnochada herencia de un romanticismo perimido, la figura del poeta deberá bordear los límites de la extrañeza, de lo oscuro, del misterio. Incluso de lo maldito; casi podría hablarse de la condición de marginalidad para arribar al estrato del poeta *considerado* y no convencional. Nada de esto ocurre con Circe Maia. Tampoco quiero así desacreditar la zona *maldita* de la poesía, pues existe una gran tradición entre los malditos, partiendo de Baudelaire y pasando por Rimbaud o Verlaine.

Pero sí quiero destacar la posición y la figura de Circe Maia, cuya vida, aparentemente, poco cuenta para su obra. Ella ha ejercido la profesión docente de Filosofía, se casó, formó un hogar, una familia, tuvo hijos y nietos. Vivió siempre en Tacuarembó, frecuentó poco y nada los círculos literarios y culturales de Montevideo, profesó un reconocido perfil bajo. Es así que existen pocas fotos de ella; tampoco cultivó el ostracismo o el encierro; donde tuvo que estar, estuvo, viajó, participó de encuentros de poetas, escritores y traductores. Y así, en el centro de una vida sin aparentes ni glamorosos acontecimientos, escribió una de las poesías más válidas, más entrañables y más lúcidas de nuestra literatura.

Esta trayectoria que hoy cumple 50 brillantes años de existencia, comenzó en la plenitud de su juventud, en 1958, con su libro *En el tiempo*, libro que reveló la madurez creadora de su autora. Circe llega a la Poesía con una obra ya definitiva que, de algún modo, exhibe los cauces por los que transitará después en los libros posteriores.

En su obra siguiente, ahonda en algunos de los principios poéticos sobre los que se apoya su libro inicial. Hay pequeñas variantes, a veces en el tono, a veces en la modulación o en la emisión de su verso que, por momentos se torna más opaco o más oscuro, aunque lo que acontece en realidad es que lo que se ve y se canta pierde por momentos su cristalinidad y todo se observa como a través de un vidrio oscuro, porque lo

(*) Texto leído el 27 de marzo de 2008 en el Museo Juan Manuel Blanes

que se enturbia es la estrofa, el instrumento de visión, no lo mirado. Su poesía es prístina y ayuda; sabe ver, más que mirar.

Y a través de su visión, devela y revela los diferentes planos de lo real. Es una manera de decir lo poético, porque todo lo Creado, toda Creación, es Poesía en la poesía de Circe Maia.

La Poesía en Circe es el vehículo para arribar al conocimiento que nunca termina de brindarse. Por lo que, esa supuesta sabiduría se transforma en el conocimiento de la duda. No se propone ni la angustia de la Nada, ni la certeza de la última verdad; más bien se plantea la unión de los opuestos o la yuxtaposición de los contrarios. Existe un velo, un desvelo y una Revelación que no culmina.

Este proceso se manifiesta en las bodas del Logos con la Poiesis. Y el poeta conduce los acordes armoniosos de esta música más semejante a música de cámara que a una gran sinfonía.